

eso, la Droga, el supremo catalizador de nuestra época.

Esta preferencia «hippy» por la minúscula isla mediterránea fue objeto en los últimos 60 de la atención de la prensa internacional. Atraídos por esta propaganda llegaron los primeros turistas, ya entrado el «boom» turístico español y, con ellos, otro cambio fundamental en la primitiva estructura de la isla. Los primeros extranjeros de los años 50, los residentes veteranos, habitan en las casas payesas que han alquilado o comprado. Los «hippies» hacen lo mismo, o desenrollan su saco de dormir bajo una sabina. Todos ellos, en resumen, se confunden con el paisaje, con el medio ambiente tradicional, sin alterarlo. Sus únicas necesidades están cubiertas por los servicios que abastecen al indígena, la tienda, el bar, el comercio de tejidos. Los turistas, en cambio, necesitan de una infraestructura hotelera, inexistente, que hay que improvisar a toda prisa. Surgen las primeras pensiones, monstruos arquitectónicos, primeras profanaciones de un paisaje que había sido respetado en el curso de los siglos, por veinte civilizaciones diferentes. Muchos turistas, atraídos por el clima y la baratura de la vida, deciden vacacionar regularmente en Formentera y contratan la construcción de pequeños chalets, tan ultrajantes para la estética como los edificios hoteleros. Todo este esfuerzo de construcción rebasa las posibilidades numéricas y especializadas de la mano de obra local. Es

necesario, pues, importar albañiles, trabajadores peninsulares. Y ya tenemos el quinto segmento.

Recapitemos: formenterenses, extranjeros marginados, «hippies», turistas y trabajadores peninsulares. Cinco capas estancas, paralelas, incomunicadas, que llegan a sumar un total de más de diez mil personas en plena temporada, a partir de los 3.000 habitantes aborígenes, en una extensión menor de 100 km². Se puede decir, dejando a un lado las escasas excepciones, que los únicos contactos entre estos cinco grupos son los creados inevitablemente por el sector servicios: yo te compro, tú me vendes; yo te encargo, tú me construyes; yo te pido, tú me das. Punto. El formenterense mantiene algunos ligeros contactos con los residentes extranjeros, los marginados que viven en la isla desde hace años. Pero se cierra como una ostra a todo contacto con el «pelut», no va mucho más allá en lo que se refiere a los turistas, y manifiesta una decidida hostilidad, o al menos una frialdad hermética, vis a vis del peninsular. La barrera idiomática, desde luego, contribuye a esta incomunicación. Para muchos formenterenses resulta más fácil comunicar con un extranjero que con un castellano.

Para desarrollar este tema se necesitaría un libro. Y, naturalmente, alguien que lo escribiera, condiciones ambas que rebasan las capacidades de este espacio y de quien lo firma. Pero el terreno está abierto.

JUAN R. DE LA CRUZ

Carlos Gil Muñoz presenta en este incisivo artículo la problemática económico-social del pueblo formenterense, que muy bien puede hacerse extensiva a la situación ibicenca, dada la similitud de circunstancias y dependencia de crecimiento. Carlos Gil Muñoz está considerado como uno de los mejores sociólogos españoles de la actualidad. Con su libro «Juventud marginada», sobre el movimiento hippy a su paso por Formentera, ganó el premio de ensayo «Mundo» 1969. Dedicado plenamente a las Ciencias Sociales, tiene varios libros editados. Otro tema tratado es «Formentera, una comunidad en evolución», libro que ha constituido un brillante récord de ventas. El bagaje cultural de Gil Muñoz, la rigurosidad de su metodología y el profundo conocimiento de los temas que estudia, son el mejor aval de garantía de este joven autor, que presentamos a nuestros lectores, con afán de estudiar un tema tan importante y bajo la responsabilidad de una no menos importante firma.

Problemática del desarrollo económico de Formentera

POR CARLOS GIL MUÑOZ

Desde hace unos pocos años, ya es posible hablar del desarrollo económico de una isla tradicionalmente abandonada, que, como Formentera, une a su insularidad el hecho geográfico de ser «isla de isla», con pobres recursos y escasa población.

Se dice que todo proceso de desarrollo económico implica profundos cambios estructurales, y la isla, a su medida, no ha sido ajena a este proceso, si

bien al no existir grupos sociales definidos —todos pequeños propietarios— las que pudiéramos llamar estructuras de encuadramiento social, no han variado sensiblemente, pues a todos ha alcanzado el maná turístico aunque en diferente medida.

Hay que considerar, sin embargo, que una estructura económica como la formenterense, que era necesariamente primitiva por sus recursos, ha podido

subsistir durante siglos con estructuras sociales y culturales arcaicas, pero que en el futuro no podrá mantenerse ante una estructura económica dinámica, progresiva y controlada desde el exterior en una gran medida. Si bien antes anoté que el encuadramiento social no había cambiado, no se podría hacer lo mismo en cuanto a su encuadramiento económico con la aparición de una incipiente clase acomodada.

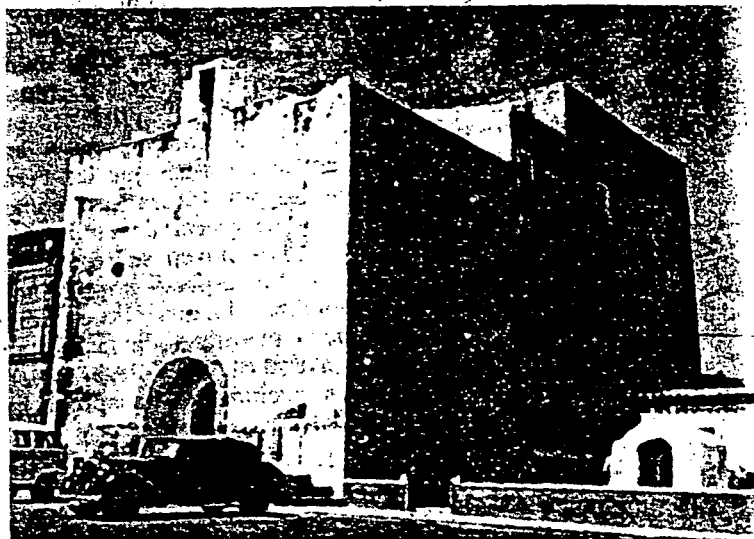
Pero esta nueva clase, que llamo acomodada, tiene todavía cierta estructura rural, pues hay que tener en cuenta que en el curso de los años, salvo excepciones, la mayoría de las familias campesino-marineras han acumulado retrasos importantes en lo que se refiere a la renta y a su modo de vivir. Así, no es aventurado decir que la mayoría de los habitantes vivían en casas viejas con un equipamiento que tristemente llamaremos rural por lo elemental. Por eso, es humano que los primeros dineros se invirtieran en el mejoramiento de la casa, en su amueblamiento, en la adquisición de electrodomésticos y posteriormente, en la compra de un medio cómodo de desplazamiento, ya moto o coche. Es decir, los formenterenses han conseguido un nivel que, aunque no se pueda llamar de prosperidad, sí se puede calificar de holgado, pero que era desconocido y aun insospechado hace sólo unos pocos años.

Hasta aquí el hecho positivo de pasar de región deprimida a zona de expansión, pero ¿a qué precio? El crecimiento económico visible exige unos costes invisibles —la oscura cara de la expansión económica—, porque una economía sin recursos propios precisa de unos costes sociales y humanos que son el soporte de esa misma expansión.

Según mi propia observación, el desarrollo económico de Formentera ha sido marcado por dos etapas claramente diferenciadas en las que quizás habría que estudiar si la segunda es consecuencia de la primera o la conveniencia de una y otra. Estas dos etapas son la de autonomía y la de dependencia.

La de autonomía, que puede haber terminado en el año 1970, obtuvo sus recursos de la venta de casas antiguas (payesas) y de terrenos en determinadas zonas junto al mar o con buena panorámica. Estos ingresos, unidos a los obtenidos por el alquiler de habitaciones en las incipientes pensiones y al lógico desarrollo del pequeño comercio y de local y negocios del sector de servicios, permitió al formenterense afianzar su economía doméstica y sacar partido de sus recursos naturales, que de una manera general podríamos resumir en: sol, playa y tranquilidad, fomentada esta última por el aislamiento de las casas, las distancias entre los distintos núcleos de población y el carácter apacible y sereno de los habitantes (1). En esta época podemos situar la construcción de pequeñas casas, la creación de pensiones y comercios en régimen familiar, y el establecimiento de residentes, principalmente extranjeros, que han sabido apreciar los valores del clima y del ambiente y hacia los cuales, los habitantes muestran sus simpatías.

La segunda etapa, la de dependencia, en la que nos encontramos actualmente, cambia por decirlo así, la fisonomía de la isla. Naturalmente que la



anterior etapa, aún de progreso, por la renta baja «per capita» no permitía un ahorro suficiente para financiar las cuantiosas inversiones que la moderna economía exige y entonces, en un proceso ascendente, aparecen los capitales externos, nacionales y extranjeros, que adquieren grandes extensiones de terreno, proyectan grandes complejos turístico-hoteleros y dan crédito— a veces sólo se hacen cargo de los gastos— para el mejoramiento y ampliación de alojamientos y servicios, perdiendo el formenterense, en la mayoría de los casos, el control y aun la propiedad de sus negocios o hipotecando, en otros, el presente y buena parte del futuro. Las agencias de viaje, con los «tours operators», colaboran, con sus contratos, a esta hipoteca, estableciéndose casi siempre unos circuitos económicos exteriores que benefician a la isla en una mínima parte.

También aparece en esta etapa la inmigración de obreros de la Península ante la carencia de mano de obra cualificada o no, y que por su escasa población, la isla no estaba en condiciones de absorber. Los conflictos sociales y humanos que las gentes de aluvión crean en una comunidad como la formenterense, caracterizada por la estrecha relación entre las familias, tiene la suficiente importancia como para ser el tema de otro trabajo y por eso quede como mero apunte.

Quizás no haya suficientes elementos de juicio para una comparación cuantitativa ni cualitativa de las valoraciones de estas etapas, pero lo que es evidente es que el ritmo del desarrollo económico es impuesto y por tanto la estructura social se resquebraja ante esa dinámica accionada desde el exterior que atañe lo mismo a la economía como a la cultura y elementos sociales, ya que la vida tradicional es incompatible a largo plazo con esa aceleración, quizás porque la misma transformación crea el fermento de disolución de las formas tradicionales, aun las evolucionadas, que en Formentera tienen aún mucho arraigo.

Es posible detectar una cierta tensión que se mantiene entre la desconfianza y el deseo de encontrar o haber encontrado una fórmula mágica para el desarrollo económico y, por otro lado, la inseguridad de lo conseguido y la irracionalidad de las condiciones en las que se está realizando esa

(1) "Formentera, una comunidad en evolución" (Ed. Dopesa, Barcelona).

nueva prosperidad. Porque no olvidemos que el verdadero desarrollo no sólo hay que valorarlo en cifras de consumo, en porcentajes de crecimiento, en hoteles o en número de viviendas. El desarrollo auténtico hay que buscarlo en los hombres, en su posibilidad de realización, en la mejora de su formación personal, en la maduración de sus aptitudes, en el aumento de sus actitudes de convivencia y en la capacitación laboral en condiciones que les permita afrontar las responsabilidades futuras así como la posibilidad de cubrir la necesaria demanda de los puestos de trabajo especializado en su región. Si el formenterense atiende a este aspecto imprescindible de la formación del hombre, el desarrollo económico habrá perdido en mucha medida toda la inestabilidad y zozobra de la aventura, para llegar a ser la lógica evolución de un pueblo que ha aprovechado una coyuntura histórica con su esfuerzo y trabajo.

Y no debe interpretarse lo anterior como una crítica de la situación actual ni como un deseo de inmovilismo, sino como una esperanza de concienciación a todos los niveles que intervienen en el futuro de la isla, pues no quiero limitar mi exposición a fallos de producción o de rendimiento, expresados en diferencias cuantitativas con respecto a otras zonas o a datos de otras programaciones, ni tampoco a los costes sociales y humanos del proceso. Es preciso comenzar a analizar el presente para plantearse el futuro con una visión seriamente prospectiva, tratando de indagar cómo se realiza y a dónde se dirige ese desarrollo económico que cada día se escapa de las manos de los que debieran regirlo, sin olvidar la predicción del «techo» de posibilidades.

CARLOS GIL MUÑOZ

Encara no sabem parlar?

Per ISIDOR MARÍ MAYANS

El temps, que normalment fa madurar les figues, ens ha jugat una mala passada amb la nostra llengua. Deu ser que les coses de llengua són figues d'un altre paner, perquè ara veurem que en més de seixanta anys no ha canviat poc ni mica la situació del parlar eivissenc, i si s'ha mogut, ha sét endarrera, com els crancs.

Per octubre de 1906 tres eivissencs eren a Barcelona, i assistien al Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana, que tenia lloc. Varen ser en Lluís Borràs i dos capellans: Josep Riera i Vicent Serra Orvay. Aquest darrer, canonge i rector del Seminari, home de cultura àmplia i aficionat a l'astronomia, no només va presenciar els actes, sinó que va llegir en aquell Congrés una comunicació: *Apresiasi en què és tinguda a Eivissa la llengua pròpia* (1). És un discurs sobre l'estat de la llengua a Eivissa, especialment de la seua consideració social, i que pot servir-nos molt bé de meditació. Especialment pels que encara ens ofenem si ens diuen que no som eivissencs de cap a peus, i que creim que estimar Eivissa no vol dir només menjar figues flors. Diu mn. Serra:

«És cert que un viatger amant de sa Llengua Catalana, que arribi a Eivissa desitjós d'estudiar ses varietats des nostros dialecte, rebrà penosa impres-

sió quan vegi que a dins sa ciutat, a on viuen ses persones més il·lustrades de s'illa, ses que en ses seues conversacions voldran passar per més interessades en so progrés i més amants de la Pàtria, ha sofrit tal canvi de fesomia sa nostra Llengua, que sa mare, si la ves, tot just la coneixeria. Moltíssimes són ses paraules de pura descendència catalana (que sens dubte les usaven es conquistadors que vengueren a lliurar Eivissa de s'esclavitud des moros i plantaren a lo més alt de sa nostra ciutat sa creu de Cristo a s'ombra de sa bandera catalana) que no es poden dir davant es ciutadans eivissencs sense exposar-se es qui les diga a ser motiu de burla, o al menos, a passar per pagès en so tracto i d'escassa cultura intel·lectual.»

Llegint això em queia la cara de vergonya, o si no més, la galta esquerra, perquè recordava escenes com aquesta: un home del camp parlant amb gent de Vila, i usant paraules tan ben dites com *xocolata* i *fins* o *finsus*, i la gent de Vila, amb un concepte molt especial de cultura, estufint a riure estúpida-ment i corregint-lo perquè també ho digués malament, amb paraules cent per cent castellanés, com *chocolate* i *hasta*. Els equivocats corregeixen els que tenen raó: on és la cultura?

«Començant pes noms propis, dins Vila (...) casi no hi ha Joans ni Peps, ni Peres, enc que siguen molts es que celebren sa seua festa es dia des sant Precursor de Cristo, de s'humil espòs de Maria o des Princep des Apòstols. Regularment tots se diuen

(1) Actes i memòries del Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana. Barcelona, 1908, pàgs. 183 i ss. He normalitzat l'ortografia dels fragments copiats.